

COMUNIÓN PRESBITERAL

*Jueves Santo 2008
Misa crismal
Homilía sobre el sacerdocio*

La concelebración de la Misa Crismal tiene profunda significación para nosotros, sacerdotes. Toda la Semana Santa nos invita a contemplar a Jesús en su misterio Pascual. En el Jueves Santo lo encontramos en el Cenáculo, en una particular comunión afectiva y sacerdotal con los Doce. Allí instituye la Eucaristía como memoria y presencia de su sacrificio pascual, y el ministerio sacerdotal para perpetuarla. Por eso hoy, si bien me dirijo a todos los fieles cristianos, de un modo particular quiero contemplar y escuchar a Jesús junto a los queridos presbíteros de la diócesis, con quienes participamos su mismo sacerdocio.

El Señor Jesús, ya desde el comienzo de su misión, después de haber orado al Padre, de entre sus discípulos constituyó Doce Apóstoles para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar el Reino de Dios (cf. *Mc* 3,14).

Jesús quiso a los Doce como un grupo bien unido, en una sólida comunidad de vida discipular y misionera, como un “colegio” indiviso en torno a Él: “Ustedes son mis amigos” (*Jn* 15,14). Les encomendó una misión: “vayan y den fruto” (v.16), y quiso que, después de su Pascua, cumplieran siempre la misión desde la unidad, consolidada por la gracia del Espíritu Santo: “como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea” (17,21). Puso a Pedro como Cabeza del cuerpo apostólico para garantizar la unidad: “yo he rogado por ti, para que no te falte la fe. Y tú, después que hayas vuelto, confirma a tus hermanos” (*Lc* 22,32).

Desde la comunión, don del Espíritu de Pentecostés, los Apóstoles realizaron la misión comenzando por Jerusalén, y después por todos los pueblos, anunciando el Evangelio y haciendo discípulos. Se continuaba de este modo la obra que el Resucitado les confió la tarde misma de la Pascua: “como el Padre me envió, también yo los envío a ustedes” (*Jn* 20,21).

El proyecto misionero de Jesús no terminó allí. La misión pastoral del Colegio Apostólico perdura en el Colegio de los obispos, uno e indiviso, unido en una misma fraternidad sacramental en torno al sucesor de Pedro, para actuar en el presente la misión de anunciar el Evangelio, de santificar y de guiar pastoralmente a la Iglesia.

También los presbíteros son partícipes, por el sacramento del Orden Sagrado, de la misión de los Apóstoles, y, a semejanza del Colegio episcopal, constituyen con su obispo un “colegio”, un único presbiterio, unidos por la confianza en el Señor y animados de idéntico ardor evangelizador.

Dos *signos* litúrgicos evocan especialmente esta comunión presbiteral de fraternidad sacramental y de pertenencia al presbiterio diocesano:

Ante todo, es particularmente significativo el rito, que se realiza en la ordenación presbiteral, de la *imposición de las manos* por parte del obispo, al cual se unen todos los presbíteros presentes para indicar, por una parte, la participación en el mismo grado del

ministerio, y por otra, que el sacerdote no puede actuar solo, sino siempre dentro del presbiterio, como hermano de todos aquellos que lo constituyen.

El otro signo es la *concelebración eucarística*, en particular en la Misa Crismal del Jueves Santo, presidida por el obispo y con la participación de los fieles venidos de las diversas comunidades. La concelebración manifiesta admirablemente la unidad del sacerdocio de Cristo en la pluralidad de sus ministros, así como la unidad del sacrificio y del Pueblo de Dios. La concelebración ayuda, además, a consolidar la fraternidad sacramental. En la comunión eucarística, nacida en la Última Cena, los sacerdotes recibimos la capacidad de amarnos unos a otros como el Maestro nos ama.

Además de los signos, una expresión eclesial de la comunión presbiteral es la *incardinación en la Diócesis*. La incardinación no constituye sólo un vínculo jurídico, ni está motivada solamente por razones organizativas. La incardinación tiene también valor espiritual, ya que de ella brota “la relación con el obispo en el único presbiterio, la coparticipación en su preocupación eclesial, la dedicación al cuidado evangélico del Pueblo de Dios en las condiciones concretas históricas y ambientales de la Iglesia particular... El presbítero encuentra, precisamente en su pertenencia y dedicación a la Iglesia particular, una fuente de significados, de criterios de discernimiento y de acción, que configuran tanto su misión pastoral, como su vida espiritual” (PDV 31).

Esta admirable realidad de comunión, que es un don de Dios, la debemos realizar cada día en el cuidado por vivir una *espiritualidad de comunión sacerdotal*. Por la fuerza del sacramento del Orden cada sacerdote está unido a los demás miembros del presbiterio por particulares vínculos de caridad apostólica, de ministerio y de fraternidad. Esto nos llama a sentirnos verdadera familia, con lazos afectivos y efectivos, al modo como Jesús consideraba a la comunidad de sus discípulos.

El presbiterio, *escuela de santidad*, es un lugar privilegiado en donde cada sacerdote, junto a sus hermanos, debiera poder encontrar los medios específicos de santificación y de evangelización.

La comunión presbiteral es *esencialmente misionera*. El don espiritual, que presbíteros y obispo hemos recibido en la ordenación, nos prepara a una vastísima y universal misión de salvación.

Una alegoría, la de *la vid y los sarmientos*, ilumina lo que venimos meditando, mostrándonos el deseo del corazón de Jesús. Es significativo que Jesús la pronuncie precisamente en el Cenáculo, en su testamento espiritual, rodeado por los Doce, y culminando en el mandamiento del amor (Jn 15,1-17). Esto nos dice que, si bien su mensaje es para todos los discípulos, toca especialmente el corazón de los Apóstoles, y por tanto también nuestro corazón sacerdotal. Evocando la Cena de Jesús con los Apóstoles en el Cenáculo, recibimos su Palabra.

“Yo soy la vid, ustedes los sarmientos. El que permanece en mí, y yo en él, da mucho fruto, porque separados de mí, nada pueden hacer” (v.5).

La palabra de máxima relevancia es el “Yo soy” de Jesús, que evoca su divinidad. ¡El mismo Dios Hijo se identifica con la vid! El Hijo de Dios se ha dejado plantar en la tierra por el Padre; es el misterio de la Encarnación. Dios mismo vive en la vid; la vid es el mismo Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado.

Pero si el mismo Hijo de Dios se ha hecho vid, también se hace una sola cosa con sus discípulos, con los hijos de Dios dispersos que Él ha venido a reunir. Hay una unión

vital entre Jesús y los suyos. En Él y por medio de Él nos transformamos en vid, en sarmientos, y nuestra vocación es permanecer en Él.

La vid necesita permanente purificación: “al que da fruto, lo poda para que dé más todavía” (v.2). Jesús nos habla de poda, de purificación, que siempre de nuevo la comunidad cristiana y cada fiel cristiano necesitamos. Sabemos que esa purificación es un proceso doloroso, pero es necesario, y debe invadir toda nuestra existencia personal y comunitaria. En esta purificación está siempre presente el misterio de la muerte y la resurrección.

La purificación mira al fruto, y éste debe ser el mismo fruto que Jesús nos ha dejado con su muerte y resurrección. La vid debe dar uvas óptimas que se transformen en preciado vino. La parábola tiene un trasfondo eucarístico. El fruto que ha traído Jesús es su amor que se dona en la cruz, es el vino precioso de su sangre que se hace don de comunión con Él en la Eucaristía. El fruto que el Señor espera de nosotros, ministros de la Eucaristía, es el amor que con Él acepta el misterio de la cruz y se dona por los demás. El fruto es el amor que se hace sacrificio: “imita lo que conmemoras y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor”. Este amor sacrificial hace presente en el mundo el perdón y la Vida que el Padre, por el Espíritu Santo, nos ofrece en la Pascua de Jesús.

La purificación, el fruto y el amor van juntos, y su presupuesto es nuestro permanecer en Jesús.

Purificación, permanecer, dar fruto, mandamiento, amor, unidad, son las grandes palabras que describen a la Iglesia como un existir en la vid, en el Hijo. Y entendemos que son las palabras clave que describen nuestro ideal de presbiterio como don y tarea de comunión, en todas las vicisitudes de nuestra Iglesia particular. Esto nos exige constancia, paciencia y fatiga en la tarea, junto con la oración confiada por el don de la unidad en el amor. “Si ustedes permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran y lo obtendrán” (v.7).

Si nuestra plegaria se une a la de Jesús, será infaliblemente escuchada. La unidad de los discípulos es el gran tema que Jesús presenta como plegaria ante el Padre en la Última Cena, y es la que hace creíble el testimonio: “Que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí y yo en tí” (Jn 17,21).

Deseo a todos una Santa Pascua del Señor. Que la Santísima Virgen, María Inmaculada de la Concordia, con corazón materno nos alcance las gracias para crecer en comunión y ardor misionero.

+ *Luis Armando Collazuol*
Obispo de Concordia

Catedral “San Antonio de Padua”, 19 de marzo de 2008

[**Regresar a Página de Homilias - Carta - Mensajes**](#)